

CUÉNTAME LO
QUE ME PASA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 16

CUÉNTAME LO QUE ME PASA

por

Agustín del Moral Tejeda



Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

*F*ICTICIA

MÉXICO
2009

CUÉNTAME LO QUE ME PASA

D.R. © Agustín del Moral Tejeda

D.R. © Universidad Veracruzana

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Centro de Documentación del Son Jarocho (foto de portada)

D.R. © Héctor Vicario (foto de autor)

México, 2009

Por la UV

Rector: Raúl Arias Lovillo

Secretario Académico: Ricardo Corzo Ramírez

Secretario de Administración y Finanzas: Víctor Aguilar Pizarro

Director General Editorial: Joaquín Díez-Canedo Flores

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz

Apartado Postal 97 C.P. 91000

diredit@uv.mx

Tel/fax: (228) 8185980, 8181388

Por Ficticia Editorial

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Mónica Villa

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN de la Universidad Veracruzana: 978-607-7605-30-0

ISBN de Ficticia: 978-607-7693-04-8

Impreso y hecho en México

VAMOS A VER, HOMBRE, CUÉNTAME LO QUE ME PASA

A la memoria de Manuel Huidobro Márquez
Para Alberto Onofre

Dicen que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen.
¿Será por eso que el hombre siempre vuelve a su pasado?
Mi primera y única pasión fue el fútbol. A tal grado que, en algún momento de la adolescencia, creí que también sería mi destino. El plan era muy simple (como, en general, simples son todos los planes de adolescente): al comenzar mis estudios de periodismo (el viejo y noble oficio de la familia), me iría a probar con los Tiburones Rojos; mi buena técnica de mediocampista y, sobre todo, el enorme deseo de hacerla, me harían merecedor de la titularidad en un año; una temporada después, confirmada mi calidad y con un futuro más que promisorio, llamaría la atención del equipo-de-mis-amores y, luego de largas, complicadas, tensas y agotadoras negociaciones, conseguiría la venta de mi carta y, así, el primero de mis grandes sueños: vestir la casaca-rojiblanca del Rebaño Sagrado; el segundo sueño, por supuesto, era comandar el ataque del equipo tricolor.

En efecto, a los diecisiete años comencé a estudiar periodismo y me puse a prueba con el Veracruz.

—Técnica no te falta —me dijo Montes, el responsable de las fuerzas básicas—. Tienes buen toque, buena visión de campo y armas bien el ataque. Pero, ¡cááábróón! —me recorrió de arriba abajo—, ¡qué flaco estás! De ahí vienen tus dos problemas: no tienes fuerza en las piernas y te echas a los veinte minutos del segundo tiempo. Lo que yo te recomiendo es que, antes de buscar una oportunidad con los titulares, te metas al gimnasio a agarrar cuerpo y condición física.

Así lo hice.

Durante un año, sin desatender las prácticas con las reservas y apenas salvando las materias de los dos primeros semestres, empuñé todos mis esfuerzos en ganar peso, fortalecer las piernas, endurecer los músculos... Y sí, algo conseguí. Seis o siete meses después lanzaba pases de treinta, treinta y cinco, cuarenta metros, pases que si acaso no llegaban con la velocidad y fuerza deseadas, sí encontraban el destinatario buscado.

Ocho o nueve meses después lanzaba tiros libres desde las afueras del área grande con fuerza más que aceptable y, sobre todo, con muy buena colocación.

Nunca conseguí, sin embargo, terminar el segundo tiempo en las condiciones físicas que me permitieran rendir, ser útil, aportar: a los veinte, veinticinco, treinta minutos de la segunda mitad era un jugador echado, lo que equivale a decir: un jugador menos, uno que, en esas condiciones, sólo podía apostarle a recibir el balón con el espacio suficiente para, apoyándose en su buen toque, largar un pase de no más de veinte metros.

Pero por paradójico que resulte y aunque para mi desgracia no haya podido entenderlo en su momento, mi

mayor problema no venía de la falta de condición física. Venía, por encima de todo, de mi manera de jugar, de sentir, de vivir el fútbol.

Ya dije que éste fue mi primera y única pasión... y como tal lo jugué, y como tal la viví. Quiero decir que nunca supe jugar con el juego, administrarme, entender mi condición de mediocampista. Quiero decir que siempre salía a entregarme, a posesionarme del partido (bueno, casi), a hacerme presente en todas y cada una de las áreas del campo. Por más que Montes parara una y otra vez la práctica, y me insultara por mi afán de estar en todo y en todas partes; por más que una y otra vez me recordara que mi función era una y simple: servir de enlace entre la defensa y la delantera (¡y sólo, sólo eso, muchachito pendejo!); por más que, incluso, en alguna ocasión llegara a marcar con cal los límites de mi terreno y me ordenara no salirme de ellos, bastaba una situación de peligro en el área chica de mi equipo o una situación de gol en el área grande del contrario para que, en cuestión de segundos, me convirtiera en un defensa o en un delantero más... olvidándome de mi función, alterando el esquema de juego y, por supuesto, quemando mis escasos y limitados cartuchos de condición física.

Quizá sólo hubiera sido cuestión de tiempo, de espera, de asentamiento, de aprender a jugar el fútbol como dicen que se deben vivir las pasiones: con el corazón caliente y la cabeza fría. Pero era joven y, como tal, ansioso, impaciente, desesperado... De ahí precisamente, de mi juventud urgida y sedienta, salió el ultimátum que —justo al año de haberme ido a probar, luego de una práctica en la que las reservas les ganamos a los titulares por tres goles a uno— le lancé a Montes.

Lo recuerdo todo, absolutamente todo, con la claridad y la frescura con las que se recuerdan aquellos momentos en

los que uno siente que puede ir a fondo y jugársela en un volado: mis dos pases a gol y el gol que metí... las felicitaciones de los propios titulares... la alegría por la calidad refrendada... el coraje por la falta de una oportunidad en el equipo grande... mis palabras secas y directas:

—¡O me das una oportunidad con los titulares o me voy a la chingada!

La mirada de asombro e incredulidad de Montes... mis palabras secas y directas:

—¡Te lo repito: o me das una oportunidad o te vas a la chingada!

La mirada de enojo y burla de Montes... sus palabras secas y directas:

—¡Pues nos vamos a la chingada!

Mi mirada de asombro e incredulidad... mi último desplante (quitarme el *short* y la camiseta, aventárselos a la cara, insultarlo, darme la media vuelta y largarme)... sus últimas palabras:

—¡Tu lugar está en el futbol playero! ¡Ahí sí tienes futuro!

Todo, absolutamente todo, lo recuerdo con la claridad y la frescura con las que se recuerdan aquellos momentos en los que uno echa todo por la borda y sella su destino.

En vano esperé alguna reacción de Montes, de mis compañeros, de la directiva. ¡Cómo me habría agradado —y cómo habría agradecido— un recado en el buzón, un toque en la puerta, una llamada telefónica! Por supuesto que habría reconocido mi falta, ofrecido disculpas, prometido paciencia. Tardé en darme cuenta de que era mucho pedir. Tardé en darme cuenta de que mi oportunidad había sido mi oportunidad y de que otro joven, igual de hambriento que yo, pero tal vez con mejores recursos y más paciencia, sin duda había ocupado mi lugar. Yo, por mi parte, ya lo

dije, era joven y, como tal, orgulloso, alzado, convencido de que el mundo estaba a mi disposición y de que podía comérmelo en el momento en que lo quisiera. Nunca se me ocurrió, por ello mismo, regresar a reconocer mi falta, ofrecer disculpas, prometer paciencia.

Pude haber buscado otros caminos. Pude haberme ido a probar con algún equipo de segunda división. Pude haber revalidado materias, continuado mis estudios en la UNAM y buscado una oportunidad con los Pumas (y, por supuesto, un año después, con Las Gloriosas). Pude haberme seguido de largo hasta Guadalajara y buscado directamente una oportunidad con mis chivas. Pude... pude... pude... De nueva cuenta, insisto, era joven y, como tal, corto de miras, limitado de alcances, estrecho de ideas. A nadie, por otra parte, se le ocurrió ampliar mi horizonte, abrir mi campo de juego, ayudarme a desenredar esa madeja que, literalmente, terminó por sujetarme, inmovilizarme, limitarme.

Durante un buen tiempo rumié mi coraje, mi resentimiento, mi frustración. Alimenté un rencor, un odio y un deseo de revancha que, por fortuna, nunca encontraron destinatario. Me olvidé del fútbol. ¡Vamos, con esto lo digo todo!: no quise saber nada de las chivas, yo, yo que era su aficionado número uno; yo, yo que tenía tapizadas las paredes de mi cuarto con banderines, caricaturas, carteles del equipo en su conjunto (sí, éstos en los que unos jugadores aparecen en cuclillas y otros parados, y a su lado un reguero de niños y jóvenes con la camiseta rojiblanca, y la sonrisa ancha y satisfecha de quien posa al lado de sus ídolos) o de los jugadores que en distintos momentos han hecho historia para el chiverío (*Chava Reyes, Chololo Díaz, Nacho Calderón, Alberto Onofre...*); yo, yo que, por televisión o asistiendo a uno que otro estadio (el *Pirata Fuente*,

el Cuauhtémoc, el Azteca mismo...), nunca me perdía uno solo de sus partidos; yo, yo que...

Me refugié, o quise hacerlo, en los estudios. Y digo quise, porque, la verdad, a esas alturas me había dado cuenta de que no estaba (no estoy) hecho para el periodismo; de que mi decisión de estudiarlo había sido, antes que nada, una decisión emocional, un acto reflejo condicionado por el ambiente, el sentido de pertenencia, el espíritu de tribu; de que, en fin, dije periodismo como pude haber dicho medicina o psicología. Sí, me enorgullezco de pertenecer a una familia que desde hace tres generaciones se dedica, con entrega y honestidad, a este oficio. Sí, les agradezco a mi abuelo, a mis tíos y a mi padre que, en ese sentido, me hayan legado un ejemplo y una forma de vida a seguir.

Pero debo ser honesto y confesarlo: las letras no son mi fuerte. No sé qué hacer con ellas: se me empastelan, no tengo oído para imprimirles ritmo, no intuyo el orden en que deben ir, no sé diferenciar el uso de un punto y coma del uso de un punto y seguido; en resumidas cuentas, el famoso temor que otros sienten ante a la página en blanco, en mi caso se vuelve terror, impotencia, esterilidad. (A decir verdad, si hoy esta historia ve la luz es gracias a la paciencia y la generosidad del director de esta revista, mi viejo y querido amigo RA, quien me animó a poner por escrito lo que una noche de tragos y nostalgias le conté, y quien, por supuesto, una y otra vez me corrigió y orientó hasta hacer de una serie deshilvanada de recuerdos este relato coherente y legible —espero— que hoy pueden leer.)

Pero, decía, ése era el único camino que tenía enfrente y no me quedó más remedio que recorrerlo. Puse todo mi empeño y mi voluntad y, con esfuerzos en ocasiones mayúsculos (a veces llevándome materias a última oportunidad o de arrastre), fui salvando, uno tras otro, todos los semestres.

ÍNDICE

VAMOS A VER, HOMBRE, CUÉNTAME LO QUE ME PASA.....	7
QUE YO, AUNQUE GRITE	43
ESTOY SIEMPRE A TUS ÓRDENES	129

«CUÉNTAME LO QUE ME PASA»

DE AGUSTÍN DEL MORAL TEJEDA

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN FEBRERO DE 2009 EN LOS TALLERES
DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V. FERNANDO
SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA, HUITZILAC, MORELOS,
C.P. 62510 MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES